

001

OTRO MALDITO DÍA

Denius Antelimas bajó el volumen de sus auriculares inalámbricos, tras mantener una breve lucha para encontrar el diminuto botón deslizante integrado en el receptor derecho —que ya de por sí resultaba casi imperceptible a plena luz del día—, mientras observaba con odio la espantosa cara del tipo que le miraba al otro lado del espejo: una cara despeinada, ojerosa, derrotada. Se había acostumbrado de tal forma a llevar esos auriculares que incluso dormía con ellos, lo que a menudo le producía llagas en la parte posterior de las orejas. El informativo matinal era tan aburrido como todos los días; no era la intensidad o la calidad de la información lo que le abrumaba, sino, simplemente, la tremenda resaca que martilleaba su cerebro: el explosivo resultado de la combinación de NeoRon mezclado con Ghitamax, uno de los estimulantes más populares de los últimos tiempos, al que había que sumar una dosis de Morpheus 4U, el sedante imprescindible para contrarrestar los efectos de la mezcla anterior y poder conciliar el sueño durante unas horas —dos o tres a lo sumo—. Denius necesitaba dormir, aunque fuera poco; conocía a demasiada gente que hacía meses que no lo hacía, gracias a la inestimable ayuda de la química, y en absoluto deseaba parecerse a uno de ellos. Auténticos espectros vivientes, fantasmas hiperactivos adueñados de un pobre cuerpo mortal que se había convertido en el simple soporte de una mente desbocada, un edificio en ruinas impecablemente pintado. Respiró profundamente y cogió la criofeitoradora que reposaba sobre la encimera del baño, solo para comprobar, con fastidio, que se había vuelto a olvidar de recargarla, por lo que no era más que un trasto inútil

en sus manos. En lugar de colocarla sobre la peana la arrojó con descuido sobre la meseta —lo que significaba que mañana tampoco podría afeitarse— y se pasó la mano por su barba de tres días. Al fin y al cabo, ¿a quién iba a importarle si iba o no afeitado? No llevaba piercings, tatuajes láser ni cortes de pelo extremos según dictaba la moda; de hecho los odiaba profundamente, así que nadie se fijaría en su vello: ya resultaba suficientemente rara su apariencia habitual. Con el ruido del noticiario clavado en los oídos, oyéndolo sin escucharlo, se dirigió a la cocina, donde se preparó un café muy cargado que acompañó con un par de bizcochos, dos cápsulas de Ghitamax, y un cigarrillo. Y de pronto, todo el Universo pareció reubicarse lentamente ante sus ojos, y la vida de nuevo volvió a tener sentido; el Ghitamax había actuado rápidamente, aunque quizás no tanto como el humo que se abría paso en sus maltratados pulmones. Mecánicamente enlazó su microordenador —el MP22 de dotación— con la red del departamento, y mientras la monocorde voz de la operadora de guardia sustituía al imbécil del noticiario, cogió su arma, las llaves del vehículo, y el frasco de Ghitamax. Un maldito nuevo día acababa de comenzar.

Cuando abrió la puerta de su coche —un anticuado utilitario de impulsión mixta— le recibió la hermosa voz femenina del ordenador de a bordo, que le dio los buenos días brevemente y de inmediato se sincronizó con la señal de su equipo portátil a través del hiperlink; la voz de la operadora de nuevo volvió a retumbar en su cabeza, esta vez acompañada del desagradable eco del retorno de sus auriculares. El día que decidió trabajar para el Ministerio de Sanidad debía estar loco, pero era demasiado tarde para lamentarse o cambiar de trabajo: era lo único que sabía hacer. Conectó la conducción automática con una orden vocal y se recostó en el asiento: con un poco de suerte podría dormir algo durante el trayecto —una hora aproximadamente en condiciones normales, sin atascos, accidentes, o atentados—. A pesar del café y del Ghitamax se quedó dormido antes de que las puertas del ascensor de su garaje se hubieran cerrado por completo, con un

sueño tan furtivo como placentero, del que le arrancó una desagradable voz parecida al graznido de las extintas gaviotas.

—¡Denius! ¡Denius! ¡Despierta, hombre! ¡A ver cuándo actualizas la memoria del navegador de ese trasto que llamas coche, que me has vuelto a quitar el aparcamiento, como todos los días!

—Pues denúnciame y déjame en paz —ladró Denius—. No sabes hasta qué punto resulta molesto despertar escuchándote —Denius había reconocido de inmediato la voz de Tesler, un operador informático de segunda, y no le fue necesario abrir los ojos para verle: un metro setenta escaso, pelo negro, muy largo, recogido en una coleta; hombros estrechos, culo hipertrofiado, y una oronda barriga, como era habitual en los hombres que rondaban los treinta y cinco.

—Chico, veo que eres fiel a tus costumbres: tienes el mismo mal humor de siempre. Haz lo que quieras, pero te advierto que si sigues quitándome el aparcamiento, me quejaré al Coordinador.

—Por mí como si te acuestas con él —gruñó Denius—, me importáis un pimiento tú y el Coordinador.

—Estás advertido, Denius. Si mañana vuelves a usurparme mi plaza de aparcamiento me veré obligado a dar parte. Deberías dejar el Clembunol; no te sienta nada bien. Y no se qué es un pimiento.

—Haz lo que te dé la gana, me dices lo mismo todos los días. Yo no tomo Clembunol; lo dejo para las señoritas, y para ti. Y tampoco tengo la menor idea de lo que es un maldito pimiento.

Denius descendió del vehículo lentamente, maldiciendo la luz del sol y al imbécil de Tesler. Tenía que reprogramar su vehículo de una condenada vez, aunque solo fuera para no ser despertado por el maldito operador con voz de pito. Atravesó la puerta de acceso del Ministerio de Sanidad, y cuando se dirigía a los ascensores, la voz de la recepcionista le llamó.

—Señor Antelimas, el Coordinador de Control de Consumo quiere verle inmediatamente; parecía muy enfadado. Me pidió que le dijera que activara el teléfono de su microordenador de una... vez.

—Vaya, pues sí que se ha dado prisa Tesler en irle con el cuento a Gordonkraff. Gracias, Bea.

La verdad es que le importaba bastante poco que Klaus Gordonkraff, el Coordinador, estuviera enfadado o no. Desde que se abolieron los cargos y jefaturas en los ministerios —iban en contra de la libertad individual, se llegó a decir en el Parlamento— ya no había jefes, sino encargados, responsables, coordinadores... era una más de las estupideces que le debían al sistema político actual, la Democrancrarquía. Sus opiniones sobre el sistema le habían causado muchos problemas; le tachaban de retrógrado, de oscurantista, medieval, reaccionario... solo por mantener que en la sociedad tiene que haber personas con mando, y que deben poder ejercerlo sin temor a una querrela; a ser acusados de intentar coartar la libertad individual, la libertad de expresión o majaderías por el estilo. Algo similar al sistema del ejército o de algunas policías: en el caso del ejército, nadie ponía en duda su organigrama, escalafón, o cadena de mando, entre otras cosas porque hacía muchos años que era una empresa privada, y al no formar parte del Estado, podían hacer lo que les diera la gana. En cierto modo les envidiaba: se ganaba muchísimo más dinero, tenían seguro sanitario, paga de jubilación, e incluso podían vivir en los cuarteles con sus familias. El hecho de tener que obedecer a un superior no le parecía tan grave, realmente. Y él se jugaba la vida más a menudo que la mayoría de los soldados; era una pena que hubiera sobrepasado la edad máxima de incorporación.

Abrió la puerta del despacho de Gordonkraff sin llamar —lo que le sacaba de quicio al Coordinador— y se sentó frente a él. Klaus le miró con ojos asesinos.

—Me han dicho que quería verme, Klaus.

—¿Usted no sabe llamar a la puerta? ¿Y para qué le sirve el teléfono si no lo tiene activo casi nunca?

—Ayer me acosté a las cinco de la mañana. Ya sabe, estuve persiguiendo a los malos, así que se puede ir al infierno el teléfono. Dígame qué quiere o déjeme que me marche a mi cubículo; necesito dormir.

—Existen una infinidad de productos que puede usar para eliminar la necesidad de dormir; lo sabe mejor que yo. No me parece adecuado venir a la oficina a roncar.

—Lo que no es adecuado es pasarse toda la noche en vela por culpa del trabajo, y en cuanto a las drogas supresoras del sueño, no van conmigo: a mí me gusta descansar en mi cama.

—Quizás por eso tiene siempre esa pinta de mendigo.

—¿Va a decirme de una vez qué quiere?

—En la sala de juntas hay una persona que desea hablar con usted inmediatamente —sentenció triunfante Klaus—, y no creo que resulte apropiado entretenerle demasiado. Angmar Beolas, capitán de la Policía Trascendental.

—Mierda —murmuró Denius, al que se le pasó el sueño instantáneamente—. ¿Qué puede querer de mí la Policía Trascendental?

—¿Forma parte de alguna secta prohibida, Denius? ¿Ha sentido acaso la llamada de la religión?

—Sabe que no.

—Pues estoy como usted. Vaya a verle, que debe estar de un humor de perros; a esa gente no le gusta que la hagan esperar —le recomendó Klaus sonriendo.

—Disfruta usted con esto, ¿verdad?

—Por supuesto; me encanta verle vulnerable. Quizás no volvamos a vernos, así que lárguese de una vez y déjeme deleitarme con la idea de perderle de vista.

—Váyase al infierno, Klaus.

La Policía Trascendental... Ahora sí que se había metido en un lío tremendo, y no sabía cómo; ignoraba el motivo por el que un oficial de la Trascendental —uno de los pocos cuerpos policiales en los que también existía una estricta escala de mando— quería verle. Mientras se dirigía a la sala de juntas, pensó en la dichosa Policía Trascendental. Era una unidad de elite que se había creado poco después del final de la Revolución de los Profetas, que se había producido hace cien años, aproximadamente alrededor del año 2050. Aunque aquella fue una guerra de bas-

tante poca intensidad —sin grandes destrucciones ni ejércitos que se aniquilaran mutuamente— sí que marcó profundamente a la sociedad, debido al elevado número de víctimas civiles y a la crueldad de las facciones beligerantes. Por ello, cuando por fin se redujo a los fanáticos —o debería decir se les exterminó— se creó una unidad de policía dedicada a controlar a los grupos y facciones religiosas, detectar las organizaciones o creencias peligrosas y erradicarlas con rapidez. Tenían carta blanca y la usaban: disparaban primero y preguntaban después, y si se equivocaban, mala suerte, porque a ellos no se les denunciaba ni se les juzgaba.

Llamó a la puerta de la sala de juntas y esperó. Una voz grave y autoritaria le ordenó pasar. Denius entró en la sala y caminó hacia el capitán deteniéndose a unos dos metros del lugar en el que se encontraba sentado. Beolas era un auténtico armario, puro músculo, con un mentón que sería capaz de hundir un buque y unos brazos de un grosor similar a las piernas de Denius. Tenía el pelo rapado, y una fea cicatriz surcaba su rostro, lo que le hacía parecer aún más amenazador. Por si fuera poco llevaba el uniforme de combate, pantalón multibolsillos y cazadora de camuflaje gris urbano —así lo llamaban ellos—, junto con la boina negra reglamentaria.

—Siéntese, agente Antelimas. Me ha hecho esperar usted, cosa que yo detesto. Si fuera uno de mis hombres le partiría la cabeza sin dudar ni un segundo.

—Lo siento, capitán Beolas. Ignoraba que estuviera usted esperándome.

—No me venga con tonterías. Le habrán puesto al corriente telefónicamente de mi presencia.

—Tenía el teléfono apagado, señor.

—¿Es acaso usted imbécil, Denius?

—No, capitán —respondió Denius tragando saliva—. Estuve toda la noche de servicio y necesitaba descansar.

—El teléfono no se apaga jamás. Vaya asco de unidad que es la suya, que admite tipos como usted en sus filas.

—¿Qué es lo que quiere de mí, capitán?

—Información.

—¿Información?

—Sí, información; no repita mis palabras como si fuera idiota. Voy a recordarle que todo lo que le diga será confidencial, y que si se va de la lengua, acabará encerrado de por vida o muerto. ¿Me ha entendido bien?

—Perfectamente —dijo Denius con un hilo de voz.

—¿Ha oído hablar usted de los Hijos del Infinito?

—No, capitán, se lo aseguro. Además existen actualmente tantas religiones, creencias y sectas, que aunque hubiera oído su nombre no lo recordaría.

—Puede recordar sin embargo los centenares e incluso miles de drogas que actualmente están a la venta. Me parece que me está mintiendo.

—Le aseguro que solo recuerdo el nombre de unas cincuenta sustancias, las más conocidas. El resto está almacenado en la memoria de mi microordenador.

—Pues como le haga el mismo caso que al teléfono... Yo creía que ustedes, los de Control de Consumo, lo sabían todo sobre las drogas.

—Capitán, desde que se legalizó el consumo de drogas y éstas comenzaron a ser sintetizadas por las industrias farmacéuticas y vendidas a bajo precio, hay casi tantas sustancias como personas habitan en el planeta. ¿Sabía que pueden incluso personalizar una droga según los requerimientos del cliente?

—Claro que lo sé, Denius. Y también sé que toda esa mierda que circula por las calles no hace sino dificultar más si cabe mi trabajo, pues ustedes, evidentemente, no saben hacer el suyo.

—No le entiendo, capitán.

—Hace unos años conocimos la existencia de una pandilla de majaretas que se hacen llamar los Hijos del Infinito. Como todos los demás chalados que siguen a un gurú dicen que son los elegidos, que el mundo se va a acabar, que solo siguiendo sus enseñanzas se puede liberar a la mente de la prisión del cuerpo y

conseguir así la salvación, y que un nuevo y maravilloso mundo les espera.

—A mí me parece que están locos. ¿Son peligrosos?

—No son violentos ni parecen peligrosos, por el momento. Pero hace dos años comenzaron a desaparecer sus seguidores, e incluso sus familiares y amigos. Ellos aseguran que los desaparecidos ya han conseguido traspasar el umbral de la realidad, y que han viajado a su paraíso, por lo que cada vez más gente sigue sus enseñanzas. Yo lo que realmente creo es que o alguien les está eliminando —y nosotros no hemos sido— o se están suicidando colectivamente, pero sin dejar rastro. El caso es que el presidente está muy preocupado por estos acontecimientos, máxime desde que la Ministro de Bienestar Espiritual —que además era su amante y probablemente por ello obtuvo su cartera—, seguidora de las enseñanzas de los Hijos del Infinito, desapareció sin dejar rastro.

—Entiendo la gravedad de este asunto, pero ¿en qué me afecta a mí?

—¿Conoce la Transmetadronolona 7?

—Por supuesto. Es una droga muy popular, debido a que a pesar de su bajísimo precio es bastante potente. Aumenta la capacidad de concentración de quien la consume hasta el punto de llegar a abstraerle por completo de la realidad, por lo que es muy consumida por los intelectuales: poetas, escritores, músicos...

—Pues lástima que no sea venenosa. ¿Cuáles son sus efectos secundarios?

—Visiones, confusión mental, temblores incontrolables, episodios catalépticos, coma y muerte cerebral.

—Vaya una mierda.

—Es una mierda legal, y solo es nociva si se abusa de ella, como todas las demás drogas.

—¿Cree usted eso realmente?

—No. Yo creo que no deja de ser una sustancia que jamás debió comercializarse, como la mayoría de los estupefacientes sintéticos que pueblan los armarios de las farmacias. Una mierda

peligrosa, pero no más peligrosa que unos cuantos centenares más de drogas de gran consumo. Todas ellas legales, no lo olvide.

—Ese comentario podría hacer que usted perdiera su empleo.

—¿De qué serviría mentirle? Además acaba de decirme usted que todo cuanto se dijera aquí iba a ser confidencial. Capitán Beolas, me paso los días y las noches patrullando las calles en busca de desviaciones del consumo —sobredosis, adulteraciones, laboratorios clandestinos...— y me juego la vida constantemente, persiguiendo los... «efectos secundarios» de las creaciones de la tecnología química. Comienzo a estar cansado, capitán, así que si desea que me despidan, contándole lo que pienso de mi trabajo al Coordinador, quizás me haga un favor.

—¿Se ha visto envuelto en algún conflicto acaso?

—¿Conflicto? Ayer por la noche le tuve que meter una bala expansiva en la cabeza a un tipo que se había fabricado tal cóctel de drogas que ya había matado a siete personas cuando yo llegué. Usted debe conocer mejor que yo la potencia de esos proyectiles; imagino que aún deben estar buscando su cerebro convertido en polvo por la calle.

—¿No es ese trabajo del Ministerio del Interior?

—La Policía Interior es un servicio privatizado, recuerde; ni se acercan a determinados barrios o locales. Les importa un cuerno que personas chutadas hasta las cejas se exterminen; dicen que controlarlos es nuestro trabajo. Pero nosotros no somos policías, aunque vayamos armados. Se supone que somos asesores para un consumo responsable; qué estupidez.

—Estoy completamente de acuerdo, Denius —respondió Beolas intentando sonreír—. Si algún día se queda sin empleo, vaya a verme. Creo que le juzgué mal. Y coincido con usted en que los de la Policía Interior no son más que una pandilla de cobardes.

—Muchas gracias —Denius respiró por fin con normalidad—. ¿Podría decirme qué tiene que ver la Transmetadronolona 7 con esa secta de la que me ha hablado? No figuraba en mi lista de sustancias especialmente peligrosas, lo que me inquieta.

—Los Hijos del Infinito la consumen masivamente; por ello quería conocerla mejor, de boca de alguien que tiene que enfrentarse a ella en la calle. Su superior, el Coordinador, ya me dio una larga charla sobre esa sustancia, pero sus opiniones me importan una mierda; creo que ese tipo no ha pisado una calle jamás.

—Por supuesto que no, y no le hace ninguna falta. Para eso estamos los agentes operativos, que nos la jugamos mientras él está tranquilo y calentito en su despacho. Escuche, capitán: me interesa mucho este asunto de los Hijos del Infinito y de la Trans-7, así que déjeme hacer algunas averiguaciones. Por cierto, ¿no se deberán las desapariciones precisamente a su consumo masivo? Recuerde que esta droga puede causar la muerte.

—Tendríamos informes de los hospitales o de la policía... tendríamos cadáveres. Simplemente los Hijos del Infinito —Hijos de la Gran Puta, diría yo— desaparecen. Bien, acepto encantado su colaboración, agente Denius. Me informará a mí y solo a mí del resultado de sus investigaciones; desde este momento está usted bajo la protección de la Policía Trascendental.

—Lo que es lo mismo que decir que soy intocable.

—Efectivamente. Si su Coordinador se pone pesado, comuníquemelo, y haré que lo destinen al Polo Sur. Y si las cosas se complican en la calle, avísenos. A nosotros no nos dan miedo ni calles, ni barrios, ni locales. Nosotros damos miedo.

—Muchas gracias, capitán. Si me entero de algo le informaré inmediatamente.

—Cuento con ello, Denius —afirmó el capitán poniendo en pie su inmensa humanidad—. Y si necesita algo, llámeme —dijo mientras le entregaba su tarjeta digital—. Estaremos en contacto.

Beolas abandonó la sala de juntas inclinando levemente la cabeza a modo de saludo, mientras Denius le daba vueltas, pensativamente, a la tarjeta del capitán. Le sorprendía no haber oído ni una sola palabra acerca de todo este asunto de la Trans-7 y los Hijos del Infinito. Con la cantidad de drogas peligrosas existentes, ¿por qué habían escogido precisamente esa tan anodina? Y lo

más importante: ¿le habría contado la verdad el capitán Beolas, o sería una maniobra para utilizarle en quién sabe qué investigación? Nada mejor para salir de dudas que hacer unas cuantas preguntas. En primer lugar iría a ver a Noddam Plex, quizás el mejor confidente que tenía, un arquitecto de redes neurales que lo había dejado todo para dedicarse al consumo masivo de drogas, tanto legales como ilegales —es decir, las que no autorizaba el gobierno, y por ello no pagaban impuestos—. A continuación iría a ver a Ilena, esa chica que conoció por casualidad en un bar, y con la que en seguida hizo amistad: era profesora universitaria de Historia de las Religiones, doctora en NeoTeología, con cuatro libros publicados sobre el tema y múltiples ponencias defendidas en congresos internacionales, que por otro lado no sabía una sola palabra sobre drogas, mientras que él no solo desconocía, sino que incluso desdeñaba la religión, por lo que cada vez que se veían podían aburrirse mutuamente con sus respectivos trabajos. Además, era una chica realmente agradable, buena conversadora y atenta oyente. Mecánicamente comprobó su arma y salió de la sala de juntas, intentando olvidar el sueño. Por un momento sintió la tentación de echar mano a su pastillero, pero decidió que prefería seguir sintiendo cansancio.